

COMO VIVEN LOS NIÑOS DE OTRAS RAZAS



RAMON SOPENA EDITOR
PROVENZA-95-BARCELONA

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

2p 1, 12
MIGUEL MEDINA

CÓMO VIVEN LOS NIÑOS DE OTRAS RAZAS



Ilustrado con cuatro tricromías
y diez y ocho grabados en negro.

185 X 248

MCMXXXIX

EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.
PROVENZA, 93 A 97 -- BARCELONA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

LIBRO DE CUENTA
DE
CANTAS DE MARCA
DE
CANTAS DE MARCA

DERECHOS RESERVADOS

CÓMO VIVEN LOS NIÑOS DE OTRAS RAZAS

Cierta lluviosa tarde otoñal, que tenía retenidos en casa a una piña de niñas y niños, parientes y amiguitos, capaces de afrontar todas las inclemencias del cielo cuando de jugar se trataba, y que sólo por el freno paternal se avenían a permanecer en el redil, como los traviosos corderillos, estaba Juanita, la niña mayor del grupo, distrayéndose con la contemplación de las ilustraciones de un libro de etnografía, sacado de la biblioteca de su papá, y al cabo de un gran rato cerró el tomo con ademán desdeñoso, exclamando al mismo tiempo:

—¡Bah! ¡lo de todos estos libros serios de geografía! ¡mucho hablamos de las razas humanas, muchas estampas con hombres horrorosos y salvajes tragaldabas, pero ni una pala-

bra, ni una lámina referente a los niños! ¡Como si los niños y las niñas no fuéramos interesantes! A mí me encantaría saber cómo viven los niños de otras razas.

—¿Qué estás refunfuñando? — le preguntó Paquito, su hermano—. ¿Reniegas de la geografía? A mí también me revienta. ¡Mira que es pesado tener que aprenderse de memoria los kilómetros cuadrados de cada región y el número de habitantes que tiene cada cual! ¡Yo no sé cómo le gustan tanto a Pepito esos estudios!

—Tienes toda la razón. En vez de aprender esas cifras tan cargantes, repito lo que decía antes para mí sola: que me gustaría saber cómo viven los niños de otras razas.

—En eso puede complacerte,

acaso, el tío Manuel, que, por haber sido marino, ha visto mucho mundo. Ya sabes los buenos ratos que nos hace pasar con el relato de sus viajes — dijo a su vez Pepito, el muchacho aludido por sus aficiones geográficas.

—Has hablado como un sabio, hermanito — repuso la niña—. Bien se ve que llegarás a ser un hombre de ciencia. En cuanto se presente el tío Manuel lo secuestramos y no le soltamos hasta que no nos haya contado todo lo que sepa de los niños de otros países.

Hay un dicho vulgar antiguo, según el cual, cuando se habla del rey de Roma, luego asoma; y esta vez resultó verdadero, porque apenas acababa de pronunciar las anteriores palabras la niña curiosa, sonó el timbre de la puerta, y a los pocos momentos entraba el tío Manuel en el cuarto de los chicos a darles un beso.

—¡Ya le tenemos! ¡ya le tenemos! — exclamó uno.

—¡Queda usted secuestrado, tío Manuel!

—¡De aquí no vuelve usted a salir mientras no nos cuente lo que sepa!

—¡Eso! ¡eso! Le daremos de comer y de cenar, le traeremos tabaco y coñac, porque ya sabemos que los hombres de mar son tan fumadores como bebedores, y, ¡a contar lo que sepa!

—Pero, ¿qué es lo que yo sé, hijos míos?

—Pues sencillamente esto: cómo viven los chicos de otras tierras.

—¡Y cómo estudian!

—¡Y cómo trabajan!

—¡Caramba! ¡Y os figuráis que todo eso se cuenta en cinco minutos?

—¡Pero podrá contarse en cinco años! ¡Usted no ha de salir de aquí mientras no nos lo haya contado!

Don Manuel había sido, durante muchos años, capitán de la marina mercante (su edad frisaba en los setenta años, aunque se conservaba vigoroso como un hombre de cuarenta) y había recorrido, en efecto, muchos y extraños países. Por otra parte, aun cuando no tenía hijos, siempre le habían gustado e interesado los niños, y en sus viajes no había dejado de fijarse en ellos, de suerte que nuestros amiguitos no podían haber encontrado una persona más adecuada para el logro de sus deseos.

—Sin que me amenacéis con secuestros — dijo don Manuel— os complaceré con mucho gusto: os contaré lo que he visto y nada más, porque no me gusta fantasear, y espero que, con lo que he visto y os he de contar, quedaréis más que satisfechos. Pero es preciso establecer un plan. El orden es el todo en este mun-

do, hijos míos, y el que no es ordenado, lo mismo para el estudio que para la vida corriente, ha de pasarlo mal. Por lo pronto, mis relatos se concretarán a decir cómo viven los niños de otras razas, y, si más adelante hay tiempo y ocasión, hablaremos de sus estudios y de sus modos de trabajar. ¿Por dónde queréis que empecemos?

—A mí me parece, tío Manuel, que debía usted relatarnos lo que sepa de los niños, agrupándolo en cinco partes, una por cada parte del mundo — propuso el chico geógrafo.

—Muy bien pensado — asintió otro de los presentes—, y como ya estamos hartos de nombrar las cinco partes del mundo, empezando por Europa y acabando por Oceanía, propongo que don Manuel siga su relato al revés, es decir, empezando por Oceanía y acabando por Europa.

—No está mal pensado: hablemos, pues, de

Los niños de Oceanía.

—Las primeras tierras que visité yo en Oceanía — continuó don Manuel— fueron las de Nueva Zelandia o Nueva Zelanda, que...

—Son unas islas inglesas situadas al este de Australia, habitadas por los maoríes. Tres-

cientos mil habitantes. Capital antigua, Auckland, hoy Wéllington, que...

—¡Mira! haz el favor de callarte y dejar tranquilo al tío— dijo Paquito, interrumpiendo a su hermano Pepe—. Ya sabemos que eres un geógrafo, pero aquí no queremos tantos detalles: lo que deseamos oír son cosas amenas e interesantes.

—Déjale, mujer, déjale, que el muchacho no ha dicho ninguna tontería, y no os vendrá mal que de paso que os enteráis de cómo viven los chicos, refresquéis el recuerdo de los datos geográficos—dijo don Manuel.

—Bueno, pero que no se ponga demasiado pesado, porque, de lo contrario, acordaremos expulsarlo de la reunión — afirmó enérgicamente su hermano—. Siga usted, tío Manuel.

—Pues bien, los indígenas de aquel país, que se llaman maoríes y que están bastante civilizados ya, son vigorosos y hasta más guapos que las mujeres, pero tienen un defecto físico: el de ser, por lo general, excesivamente gordos, sin duda porque la civilización les evita realizar expediciones guerreras y de caza, para procurarse alimento. Como buenos oceánicos, su ideal es no hacer nada, y cuando no necesitan dinero, su única satisfacción consiste en comer, beber y dormir. De padres semejantes es inútil decir que salen chicos de

iguales condiciones en lo tocante a la holganza, y como las familias tienen buenas tierras que cultivar, su único trabajo, cuando trabajan, consiste en ayudar a sus padres en las faenas agrícolas, que no tienen nada de rudas. Entre sus diversiones predilectas o, mejor dicho, su recreo favorito, es el *haka* o danza de la guerra, una de las pocas costumbres antiguas que subsisten entre ellos.

—¿Qué danza es ésa?

—Ahora mismo os lo voy a explicar. El *haka*, tal como se practica en nuestros días, es una pálida reminiscencia de lo que debió de ser en los tiempos en que tenía por objeto producir una gran excitación nerviosa a los guerreros, porque el maorí es cachazudo por naturaleza y no siente ganas de pelearse con nadie, como no sea bajo los efectos de un gran paroxismo. Lo que más llama la atención de ese baile son las contorsiones extraordinarias, las espantosas muecas y los tremendos golpes que se asestan a sí mismos los guerreros en el pecho y en los muslos y, sobre todo, la enorme lengua que sacan al mismo tiempo que dan extrañas vueltas a los feroces ojos. Porque habéis de saber que los indígenas neo-zelandeses tienen una facilidad especial para sacar la lengua, de la cual se muestran muy orgullosos. A los dos años de edad los maoríes

chiquitines sacan una lengua tan larga como sus padres. Y como esto, que no pasa de ser actualmente una especie de recreo de los mayores, tiene mucho encanto para los pequeños, éstos se dan grandes sesiones de *haka* sacando la lengua a todo sacar y haciendo cómicos gestos. También es muy curioso ver a los amiguitos cuando se encuentran en la calle, saludarse a la moda del país, frotándose las narices mutuamente con tanta fuerza cuanto mayor es el grado de intimidad.

—¿De suerte que allí no está mal visto eso de sacar la lengua, tío Manuel?

—Al contrario: ya habéis visto que forma parte de una de las ceremonias importantes del maorí.

EN AUSTRALIA

—Siguiendo nuestro viaje —continuó don Manuel—, llegamos en poco tiempo al gran continente del Mar del sur, a la gran colonia inglesa autónoma, que tiene ante sí un brillante porvenir. Me refiero a Australia, el país de la lana, donde se cuentan por millones las cabezas de ganado vivo y por millares las toneladas de lana que exporta, procedente, mucha de ella, de ganados descendientes de un rebaño de carneros merinos, que el rey de España regaló, a me-

diados del siglo XVIII, al gobierno holandés.

—Allí hay grandes ciudades en las que no falta ninguno de los detalles de la arquitectura y de la higiene moderna, como, por ejemplo, Adelaida, Sidney... —dijo el chico geógrafo.

—Precisamente la primera población que visité yo —repuso don Manuel—fué Sidney, *la ciudad reina*, como la llaman sus habitantes, y jamás olvidaré el grandioso panorama que se ofreció a mi vista. Pero, como no se trata aquí de hacer descripciones, porque sería el cuento de nunca acabar, vamos a lo nuestro, que son los chicos de aquel país. En estas grandes poblaciones, la vida infantil es exactamente igual a la europea. Hay magníficos colegios, de los cuales os hablaré en otra ocasión, soberbios paseos y espléndidos alrededores, verdaderos paraísos adonde se van las familias los domingos, porque en las poblaciones se cierra todo, respetándose rigurosamente el descanso dominical. Los deportes juegan gran papel en la vida australiana, tanto infantil como en las edades mayores. Hay carreras de caballos muy famosas y grandes partidas de cricket, que se celebran en locales mucho más grandes que las plazas de toros, y en cuanto a instrucción, abundan los colegios, las escuelas al aire libre y las escuelas de coci-

na, porque las mamás australianas consideran muy acertadamente que las niñas deben llegar a ser unas señoras de su casa, conocedoras de todas las faenas domésticas. En una escuela de cocina que yo visité, había unos cartelones que decían, en inglés, naturalmente: «Lo que es digno de hacerse, debe hacerse bien.» «Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio», lo cual está muy bien dicho. Está allí tan cuidada la cuestión de la educación, que existen escuelas en los bosques, a las que acuden los niños de los contornos, y es muy frecuente ver por los caminos tres o cuatro hermanitos de ambos sexos montados en un caballo camino de la escuela, sin que les acompañe ninguna persona mayor. No es extraño que con tal educación los juegos sean un poco violentos; en Australia gusta la fuerza, y en las discusiones infantiles, un vigoroso puñetazo es un argumento decisivo.

—¿Y no hay allí salvajes? —preguntó Juanita.

—Salvajes, no, en el sentido que damos nosotros a ese nombre. Hay indígenas, a los que generalmente se les da el nombre de aborígenes, aunque aborígen quiere decir originario del suelo en que vive; mas, no sé por qué, en vez de llamarse a los australianos indígenas, se les denomina así.

—Entonces, ¿nosotros somos aborígenes de España? — preguntó Paquito.

—Claro que sí. Pero suspendamos esta digresión. Los aborígenes australianos son unos hombres rudos que viven de la caza, empleando para ella el bumerang, consistente en una hoja de madera encarnada y muy dura, de forma de yatagán excesivamente curvado, que se lanza después de haberla dado vueltas en sentido vertical y que vuelve a la mano del que la despide. Este desconcertante ejercicio requiere una seguridad de mano extraordinaria, y hay australianos que poseen una destreza maravillosa.

—Pero, ¿vuelve a la mano del que la ha disparado después de haber dado en el blanco?—preguntó Paquito, desconfiado.

—Claro que no. El bumerang vuelve a la mano del tirador cuando éste yerra el tiro, pero si da a la pieza, la hiere y pierde la fuerza inicial. No ha faltado quien ha asegurado lo contrario, y, como podéis comprender, un arma que tuviera esas condiciones le faltaría muy poco para traer la caza a manos del cazador, lo cual sería el ideal de los cazadores. Los chiquillos australianos echan los dientes, como suele decirse, jugando con el bumerang, y llegan a poseer esa destreza maravillosa en su manejo. El bumerang ha de ser la

base de su sustento y no se ocupan de otra cosa. Ni siquiera de lavarse, porque es gente bastante puerca, y, además, muy borracha. Yo estuve en unas minas donde había muchas familias indígenas, y puedo decir que el barro formaba parte principal de su vestido, que no tiene nada de complicado. Les compré algunas armas indígenas, pagándoles en aguardiente, y se lo bebieron a escape el marido, la mujer y varios chicos. El negocio terminó poniéndose todos a cantar como locos. Por lo demás, es buena gente.

EN LA POLINESIA

—Otro de los lugares que visité en mis viajes por Oceanía, fueron los tres archipiélagos de la Polinesia oriental, es decir, Samoa, las islas de Sotavento y las islas Marquesas. Samoa es un verdadero paraíso y ocurre lo que en todos estos paraísos: que la gente, lo mismo viejos que niños, son unos holgazanes de marca mayor, que se pasan la vida bañándose, jugando en el agua, correteando por los bosques y hartándose de comer cerdo asado bajo las cenizas, que es el plato obligado de todos los festines. Las familias samoanas son muy cariñosas con los extranjeros, y los niños muy simpáticos. No creáis que tienen na-



ISLAS DE SOTAVENTO (OCEANÍA).—Familia polinesia de estas islas.

da de salvajes: la civilización ha penetrado bastante para que se vean por los caminos muchas jovencitas montadas en bicicleta, y, en cuanto al vestido, usan unas túnicas adornadas con puntillas, como las niñas de un pueblo europeo. Los chicos llevan una especie de camisón, y cuando son mayorcitos, usan pantalones como unos hombres.

—Por lo que va usted contando, tío Manuel, no parece que abundan mucho en el mundo los salvajes feroces — apuntó Juanita.

—El mundo es muy grande, sobrinita, y hay espacio para todo, pero sí es cierto que la civili-

zación se va extendiendo mucho, en mayor o menor grado, y que hoy no se encuentran pueblos salvajes tan numerosos como hace un siglo o dos. Sin embargo, los hay todavía que hacen bastantes barbaridades — respondió don Manuel—. El carácter general de los habitantes de las islas de Sotavento es taciturno, y hasta los pequeños tienen tendencia a pasarse horas enteras sentados en actitud meditabunda, excepto los sábados, que es el día destinado a ir en busca de comida, y suben a la montaña para volver cargados de racimos de plátanos silvestres. En estas excursiones toman

parte los niños, que bajan al poblado con su correspondiente carga. Esta es casi su comida exclusiva, pues su única variación consiste en algún bonito que pescan diestramente con el arpón, si el pez tiene a bien ponerse a tiro cerca del caserío, porque eso de embarcarse y salir a pescar, es cosa que no está en el ánimo de esta gente tan calmosa. La diversión principal de chicos y grandes es charlar y contarse cuentos. Yo tuve ocasión de tratar una mujer muy gorda, que parecía una giganta, y que se decía descendiente de los antiguos reyes de la isla, que me dijo que las islas de Sotavento eran grandes lunas caídas del cielo, lunas que, en otros tiempos, miraban a los habitantes de Taití con caras humanas, cosa que les daba mucho miedo. Pero, haciendo retemblar la bóveda celeste, Taoroa consiguió desprenderlas y precipitarlas al mar, circunstancia por la que el archipiélago y especialmente la isla de Raiatea gozan de gran prestigio mitológico. Allí se constituyó una poderosa secta cuyo templo pavimentado de losas de coral, se conserva todavía, y en el que los sacerdotes estrangulaban niños para conjurar los maleficios.

—¡Qué bárbaros! — exclamó, aterrado, Paquito.

—No te preocupes, hombre — dijo don Manuel—. A mí me hi-

zo mucha gracia el caso, porque, de seguro, no era más que un cuento. Ahora los indígenas de aquellas islas tienen a gala poseer muchos hijos adoptivos. La mujer que os digo, tenía un par de docenas, y a todos los mimaba y los quería. Por cierto que en las niñas polinesias se observa un fenómeno muy curioso. De inteligencia sorprendente, hasta los quince años, se asimilan muy bien la educación europea, pero, llegadas a dicha edad, se detiene la evolución intelectual y no hay medio de hacerlas aprender nada nuevo. Y ahora — concluyó don Manuel—, vamos a darnos una vueltecita por

PAPUA O NUEVA GUINEA

—Ah, sí—dijo Pepito, sin poder reprimir su afán de demostrar sus conocimientos geográficos—. Es la más importante de la Melanesia, y su superficie viene a ser la de Francia e Italia reunidas. Se la tenían repartida los franceses, los alemanes y los ingleses.

—Muy bien dicho — dijo el marino—. Yo sólo voy a hablaros de la parte inglesa, porque es la que visité en mis tiempos. Lo primero que hice allí, después de trabar amistad con los indígenas, cosa bastante difícil, porque son muy desconfiados, fué tomar parte en un gran festín, cu-

yo único plato era un crustáceo llamado koma, parecido a la langosta, pero de muy mal sabor y peor olor para nuestros sentidos europeos. En el festín estaban sentados todos los individuos de la tribu, incluso las mujeres y los niños, y todos comían ferozmente como si tuvieran el estómago de goma. Se pasaron todo un día y toda una noche comiendo, y había que ver los chiquillos con el vientre hinchado y dando voces, porque el jefe quería que comiésemos unos cuantos cerdos asados.

—¡Cualquiera mantiene a un chico de aquel país! — exclamó Juanita.

—Pues yo los conozco bastante tragones—repuso Pepito, aludiendo a Paco, que no se veía harto.

—Cuando nos marchamos de aquella tribu, nos acompañaron largo rato las mujeres con sus criaturas, esperando que las diésemos más regalos de los que les habíamos dado. En otra tribu más interior llamamos grandemente la atención y causamos el espanto de la gente menuda al desnudarnos. Creían que nos quitábamos la piel y que la ropa formaba parte de nuestro cuerpo, por lo cual nos llamaron desde el primer momento: «los hombres que se despellejan». A pesar de todo, pudiendo más la

curiosidad que el miedo, los chicos se nos acercaban para tocarlos, y de paso robaban todo lo que encontraban por delante, sobre todo en la cocina, donde nuestro cocinero Ali pasó las grandes fatigas para que los chicos no nos dejaran sin almuerzo. Dos chicuelos, de seis a ocho años, se apoderaron de un bote lleno de sal y se la comían a puñados como si fuera azúcar.

—¡Qué mal educados! — observó Pepito—. ¿Es que no tienen religión?

—No creo que exista en el mundo un solo pueblo que carezca de principios religiosos por equivocados que sean. Estos papues son de costumbres muy sanas, muy amantes de la familia, y creen en la existencia de un genio que, unas veces es malo y otras bueno, que lleva el nombrecito de *Pai-pai*.

—¡Qué gracia!

—Los muchachos es muy raro que abandonen el pueblo donde se han criado. Por una extraña costumbre, desde la edad de diez años hasta la pubertad, viven juntos en unas casas, que allí se llaman *mareas*, y que se hallan invariablemente en las afueras de todas las aldeas. De allí no salen sino para casarse, después de haber sufrido las pruebas que les consagran como guerreros, y una de las cuales

consiste en luchar con lanza queridos míos, porque ya hemos contra una especie de jabali charlado bastante y tengo que muy feroz que vive en aquellas marcharme, con permiso de usselvas. La empresa es muy teded, pequeños secuestradores. arriesgada y no falta quien muer Mañana os prometo volver, y ha re en ella. Finalmente, para con blaremos de América, porque yo eluir con lo tocante a los papues, no sé más cosas de Oceanía. De os diré que allí, cuando nace un esta parte del mundo os he con niño, todo el mundo deja aban tado lo que he visto, de suerte donada a la madre, y el padre no que no hay en ello nada de pa puede ver a su hijo hasta pasa traña. dos nueve días.

—¿Y están solos todo el tiempo que viven en la *marea*?

—No, porque sus padres van a verlos y ellos a sus padres. Y aquí tenemos que hacer punto,

Don Manuel se despidió; y, al día siguiente, con toda puntualidad, volvió a reunirse con sus sobrinos y con los amiguitos que habían aumentado en número al olor de las interesantes con-



NUEVA GUINEA (OCEANÍA). — La choza de los jóvenes, donde éstos viven en común, desde la edad de diez años hasta que llegan a la pubertad. (Pág. 13.)

ferencias del viejo marino, el cual comenzó a hablar, según lo convenido, de

Los niños de América.

—De los parajes que visitamos en nuestra última conferencia, está, como quien dice, a dos pasos, la Tierra del Fuego, dos pasos que suponen bastantes días, pero, ¿qué son las millas en los viajes por aquellos mares inmensos? El extremo meridional de América ofrece dos aspectos completamente diferentes. Al Este, detrás de una costa uniforme e inhospitalaria, se extienden las famosas llanuras llamadas Pampas, mientras que al Oeste, el vigoroso relieve de la cordillera de los Andes, se alza como una sierra en una inextricable red de ensenadas y archipiélagos. Por el lado de la Argentina es un triste desierto, siempre igual, pero, si se pasa el estrecho de Magallanes, en el otro lado se encuentra un segundo desierto dominado por una variedad de horizontes montañosos, muchos de ellos de extraordinaria grandeza. Los indígenas diseminados de aquellos parajes tan meridionales, están siempre al acecho del paso de los grandes barcos, y en cuanto ven un transatlántico, hombres, mujeres y niños se precipitan a sus canoas y fuerzan los remos para cortar el paso al vapor. General-

mente los capitanes mandan palear, y en seguida entra a bordo toda la banda y, como obsequio por su visita, se les da tabaco, cerillas y cosas inservibles. Cuando llegué yo a aquellos parajes se acercó una canoa atestada de chicos y grandes de ambos sexos, gritando muy desesperados. Y por si acaso era poco el estrépito, llevaban a bordo varios perrillos que unían sus ladridos al clamor general. La embarcación atracó a nuestro costado y toda la banda se lanzó a bordo como si se tratase de un abordaje de piratas, queriendo todos llegar los primeros a fin de poder cambiar antes que nadie magníficas pieles por golosinas y tabaco. Porque en el mundo, hijos míos, no damos valor a lo que poseemos, aunque valga un tesoro, y, en cambio, apreciamos cosas que no valen nada, porque no las usamos a diario.

—¿Quién pudiera ir allí y darles esos collares de cristal que tengo, por unas pieles de esas que dice usted, tío Manuel!—dijo la coqueta Juanita.

—Pues te las darían locos de contento. Aquella gente pasa casi toda la vida en el mar y comen casi exclusivamente de la pesca, por lo cual los niños son excelentes nadadores y pescadores.

—¿Y son listos esos niños?—preguntó Pepito.

—No te diré que son Sénecas,

pero tienen la culpa los que no los quieren educar. De eso trataremos cuando llegemos al asunto de la educación — repuso don Manuel—. Y aunque nada tiene que ver con los niños, quiero decirles que visité en mi viaje la ciudad, villa o pueblo, como queráis llamarlo, más meridional del mundo.

—¿La que está más cerca del Polo Sur?

—¡Naturalmente, hombre!

—¿Cuál es?

—Pues se llama Uchuaya, y digo que es la villa más meridional del mundo, porque si bien es cierto que más al sur hay agrupaciones de hombres, se trata de colonos aislados.

—Yo sólo conocía de nombre la villa más septentrional — dijo el geógrafo Pepito—. Se llama Hammerfest, y está en Noruega.

—No hay más remedio que darte patente de sabio — dijo don Manuel, riéndose, pero muy satisfecho de tener un sobrino tan estudioso y de tan excelente memoria—. Sigamos. En la Tierra del Fuego puede decirse que hay tres pueblos distintos, los yagans, los alakalufs y los onas. Los dos primeros se alimentan de los productos del mar y pasan la mayor parte de su vida a bordo de sus piraguas, mientras que los onas no saben nada de navegación y viven en las pampas y en los bosques, huyendo con toda su familia en

cuanto ven aparecer gente extraña. Lo más curioso de esta raza es que, viviendo como vive en un país muy frío, se cubren sencillamente con una piel de guanaco o de zorro, y a los niños, cualquiera que sea el tiempo que haga, aunque la nieve cubra el suelo, los tienen completamente desnudos, lo cual no obsta para que, al llegar a hombres, alcancen una elevada estatura y sean muy fuertes.

—Pues si aquí anduviéramos desnudos, cogeríamos una pulmonía — apuntó Paquito.

—La costumbre es el todo en la vida — repuso don Manuel—. Aquellos chicos que se crían a la intemperie comen carne de guanaco, de tuco-tuco, de zorro, de rata y de pájaro, amén de los mariscos que encuentran en la playa y de ciertas verduras, aunque no siempre encuentran estas cosas y tienen que pasar hambre. En mi opinión, lo más curioso de esta gente es su facilidad para aprender idiomas. Me acuerdo que tomamos allí un criadito que, además de ser trabajador puntual, sabía alemán, inglés y español, no os diré con suma perfección, pero sí lo suficiente para entenderse. Las niñas se dan muy buena maña para la cocina y, en cuanto aprenden el arte culinario, no dejan nada que desear.

—¿Y los niños, viven contentos?

—¡ Ya lo creo! El indígena es las ciudades, lo mismo en la Argentina, que en Chile, que en México, viven lo mismo que vosotros, o mejor que vosotros, más queridos de sus padres, asistiendo a sus magníficos colegios y jugando en sus horas de recreo, lo mismo que cualquier perillán de por acá. Sin embargo...

—¡ Ah, ya viene lo bueno! ¡ Como que nos va usted a dejar sin saber nada curioso de aquellas tierras!

—¡ Vaya un modo de curar!

—Es porque suponen que la enfermedad la causa la introducción de un mal espíritu en el cuerpo del enfermo y creen que lo hacen salir a pisotones. Y ahora vamos a hablar de las

—Poco será. En Guatemala, por ejemplo, los indios y las indias se dedican a cultivar la tierra o se colocan de criados. Las mujeres van a lavar, y en estas faenas he visto muchos chiquillos ayudando a sus madres. En cuanto a Colombia, que es otra de las repúblicas que visité en mis tiempos, chicos y grandes (me refiero a los indios), son muy aficionados al juego del kabraia, que se practica con huesos. También les gustan mucho las riñas de gallos y las carreras a pie, todo lo cual está muy bien, pero en una ranchería llamada Bahía Hondita, observé una costumbre espeluznante. Al pasar por allí salían las indias de sus míseras chozas ofreciéndonos en venta niños, porque entre los indios de aquella región existe esta trata de esclavos. Los indios de aquella parte son mala gente y muy poco de fiar.

REPÚBLICAS AMERICANAS

¡ Allí sí que debe ser interesante la vida de los niños!—exclamó Paquito—. Los indios tan valientes... A mí me gustan mucho las estampas y los libros que tratan de los indios.

—Pues si esperas que te cuente muchas cosas raras, te vas a llevar chasco—repuso don Manuel—. En primer lugar, yo soy marino y, por lo tanto, he andado poco tierra adentro, y, en segundo lugar, en el continente americano impera la civilización, y, por lo tanto, los niños de

—¡ Y qué hacen con los niños los que los compran?

—Los crían en sus ranchos con los demás esclavos, y, en cuanto pueden, los obligan a trabajar. Claro está que semejante práctica está prohibida y perseguida por las autoridades, pero es muy difícil desterrarla de raíz en un territorio extenso y poco poblado. Yo estuve en una plantación de azúcar, donde el amo de la misma, indio, por supuesto, estaba trabajando con diez muchachitas, muy guapitas, que seguramente eran esclavas.

—¡Pobrecitas!—exclamó Juanita.

—Los indios chimilas son muy interesantes. Sienten verdadera ternura por los animales, loros, perros, etc., y no hay niño ni niña que no tenga varios animalitos predilectos. En cambio, a las tortugas que destinan al consumo de la familia, las tienen colgadas semanas enteras, y, cuando quieren darse un festín, las colocan directamente sobre la lumbre, y la pobre tortuga se cuece en su caparazón. Y a propósito de fuego: los chimilas lo conservan encendido con gran cuidado, porque si se les apaga no conocen más medio de encenderlo que hacer girar rápidamente sobre un trozo de madera seca, un palo muy duro. Recuerdo haber visto a un muchachito que estaba arrodillado en la entrada de su

choza, encendiendo el fuego del modo que acabáis de oír, porque, como es operación que requiere ligereza, suelen encomendársela a los chicos. Estos indios, como todos, tienen sus diversiones, y la de los chimilas consiste en el baile, al compás de un tambor de enorme tamaño, que el tamborilero toca con dos palos muy pequeños. Los chicos bailan entre los grandes, y éstos se emborrachan con una bebida llamada chicha, que hacen con maíz fermentado y triturado por las mujeres con los dientes.

—¡Qué porquería! ¡Cualquiera bebe chicha de ésa!—dijo Pepito.

—Pues yo tuve que probarla para que no lo tomasen a desaire.

—Y de los indios pieles rojas, que tanto figuran en los libros de aventuras, ¿no nos cuenta usted nada?

—De esos indios tan valerosos como crueles, cuando salían al «sendero de la guerra» contra los «rostros pálidos», como llamaban a los blancos, o contra otras tribus enemigas, quedan ya muy pocos y han perdido mucho de sus costumbres primitivas. Vivien de la caza y del comercio, y sus pequeñuelos siguen las huellas de los padres. Lo más curioso que podría contaros acerca de ellos, es lo referente a sus jue-



CANADÁ (AMÉRICA SEPTENTRIONAL).—Una familia de esquimales partiendo para la caza.

gos, y, si queréis conocerlos, os aconsejo que leáis un librito que se titula...

—«Cómo juegan los niños de todo el mundo»—concluyó Juanita—. Lo tengo yo en mi biblioteca.

—Pues, entonces — dijo don Manuel—, hablemos de

Los niños esquimales

—Esta curiosa raza de habitantes de las regiones árticas — prosiguió don Manuel — es del carácter más bueno que os po-

deís imaginar. Si el territorio de Groenlandia disfrutase de un clima más benigno, sería una delicia ir a veranear allí. Las familias viven muy unidas y crían a sus hijos con verdadero mimo. A los de pecho los llevan las madres metidos en una de las altas botas de piel que usan; cuando se desarrollan algo los transportan alrededor del cuello, debajo de la capucha, y cuando ya se las pueden arreglar solos y quieren jugar con sus amiguitos, andan muchas veces en cueros vivos por aquellas heladas planicies.

—¡Qué horror! — exclamó

Juanita—. ¡ Da frío sólo de pensarlo!

—Pues no os extrañe. Algunos médicos han hecho experimentos que, al parecer, demuestran que los niños, sean de la raza que sean, no sienten el frío. Diríase que la Providencia previó el caso de que un niño desvalido se quede abandonado por la desgracia o por el descuido de sus padres. Pero sigamos con nuestros esquimalitos. Ya sabéis que, jugando con hielo, se entra en calor, y no es extraño que después de corretear y revolcarse en la nieve vuelvan a su choza de hielo sudando.

—¡ Qué cosas más raras!

—Allí se atiborran de grasa de foca, que es uno de sus manjares favoritos, y ¡ tan campantes! En un país donde la pesca es la principal fuente de la alimentación, el pequeño esquimal se aficiona muy pronto al deporte, y, así, puedo decir que, en mis viajes por aquellas regiones, he visto durante la época del deshielo, niños de cinco o seis años, pasarse toda la noche y todo el día echando el sedal por los agujeros abiertos en el banco de hielo y recoger tanta pesca, que no podían transportarla toda a su casa.

—¡ ¡ Pobrecitos! ¡ qué trabajadores!

—El esquimal, sea de dónde sea, pues existen variedades, no sólo en el tipo y en idioma, sino

en el modo de vivir, es un individuo muy curioso, y, para satisfacer su curiosidad, no titubea en emprender con su familia y con sus vecinos un viaje de varios centenares de kilómetros. Por ejemplo: al saber que estaba nuestro barco anclado en cierto punto de la costa, llegaron familias de lugares muy lejanos para verlo y de paso para hacer algún negocio, pero son muy malos negociantes y se contentan con cualquier cosa. Verdad que tampoco ellos tienen grandes cosas que ofrecer, como no sean pieles de foca y alguna que otra de oso blanco.

»Como allí es el perro el principal y casi único animal de tiro para sus trineos, pues el reno se emplea poco, el niño esquimal juega con los perritos de cría, y es encantador ver, durante el verano, los chicos en los alrededores de las chozas jugando como ositos con los perros pequeños, los cuales, de mayores, tienen más de fiera que de animal doméstico, pero temen el látigo, y remolcan los trineos con pasmosa velocidad. Finalmente, la distracción más seria de los esquimalitos, es la de tirar al arco. Sus padres les acostumbran al manejo de esta arma desde pequeños, porque su manejo constituye un medio de vida, facilitando la caza, y los chiquillos disparan flechas a más y mejor, aunque no tengan pieza a la

vista... Y con esto, mis queridos sobrinos, hemos terminado nuestra conferencia de hoy. Mañana, si Dios quiere, daremos un salto a través del Océano, y veremos cómo viven los niños de Africa.

— Los niños de África.

Puntual como siempre don Manuel se reunió con sus sobrinos y con sus amiguitos a la hora de todos los días, y comenzó a hablar en esta forma :

—Nuestro viaje por Africa vamos a comenzar por Trípoli y seguiremos la costa oriental del continente negro, dando la vuelta por el oeste y concluyendo por Marruecos.

—¡ Muy bien ! ¡ muy bien ! — exclamaron a coro todos los presentes.

—Cuando llegué a Trípoli, capital de la antigua y poderosa provincia del mismo nombre, observé, desde luego, que reina allí una vida intensa de comercio y de industria. Desde el puerto al hotel me siguió una banda de chicuelos con albornoz, tan despabilados y tan pilluelos como los chicos de cualquier puerto europeo. El niño tripolitano, como en general todos los niños musulmanes, vive en una gran independencia, y se cría silvestre como las cabras. Algunos asisten al colegio, pues en estos países no faltan los profesores,

pero de esto hablaremos en otra serie de conferencias. En una de las estrechas calles me crucé con un numeroso grupo de chicos que caminaban dando palmadas y entonando con voz chillona himnos a Alá. Todos iban muy serios, y mis acompañantes me dijeron que eran sacristanes de la mezquita que, con el tiempo, llegarían a ser sacerdotes. En el campo ayudan a su familia a las faenas agrícolas o cuidan del ganado, sin adquirir la menor instrucción, en lo cual no dejan de parecerse a los niños de nuestro país, dedicados al mismo oficio.

EN EGIPTO

—Los egipcios, aun los más serios, son, por naturaleza, inclinados a la alegría y os envuelven en tal atmósfera de buen humor y de olvido de todas las cosas enojosas de la vida, que, sin daros cuenta, olvidáis todas las preocupaciones para sólo pensar en el presente. Por eso no es de extrañar que el niño sea un niño feliz, aun tratándose de la raza *fellah*, que es la que realiza todos los trabajos rudos, porque en Egipto queda mucho del sistema feudal y la sociedad está dividida en señores y siervos. A todas horas se encuentran grupos de hombres, mujeres y niños cobijados a la sombra de algún sicomoro, o senta-

dós al sol durante el invierno, aspirando el aire con delicia, o echados en el suelo jugando a uno de esos juegos que están en boga desde tiempo inmemorial y que entre nosotros están reservados a los niños, pero que en Egipto divierten a los niños y a los ancianos, porque allí puede

va lo mismo entre los niños de las ciudades que entre los que viven en el desierto, sufriendo privaciones sin cuento y corriendo peligros de los que ellos no se dan cuenta.

—¿Y no se dedican a nada serio?—preguntó Paquito.

—Los que no se dedican a las



EGIPTO (ÁFRICA).—Niños egipcios jugando con barquitos en las orillas del lago Menzaleh, en el delta del Nilo.

decirse que todos son niños. Yo he visto a la orilla del lago Menzaleh, en la desembocadura del Nilo, grupos de muchachitos jugando con barquitos, y por las calles de las ciudades, borriquillos cargados con tres y cuatro pequeños, todos rebosantes de alegría. Y esta alegría se obser-

va en las faenas agrícolas suelen aprender a escribir para dedicarse a escribientes o *qatibs*, como los llaman en el país. Estos *qatibs*, son algo así como nuestros empleados, y los hay no sólo en las oficinas administrativas, sino también en las casas particulares, donde se les estima según

sus conocimientos, pero, sobre todo, lo que tienen que saber hacer es escribir las innumerables cartas que se escriben diariamente en Egipto para el asunto más insignificante, en hojas muy grandes donde a veces no se traza más que una línea.

son sino parques de ganado, y donde sus habitantes se cobijan por la noche revueltos con los animales. Allí puede decirse que todo el mundo es pastor desde que tiene uso de razón, de suerte que los niños viven, desde que nacen, entre las cabras y algu-



EGIPTO (ÁFRICA).--Niños egipcios montados por recreo en un borrico.

—¡Qué hermoso país debe ser Egipto! — exclamó Juanita.
—No puedes figurarte la realidad, sobrina mía. Todos los países orientales tienen encantos y misterios ideales, pero Egipto es, acaso, el más interesante — repuso don Manuel—. Y ahora seguiremos nuestro viaje hacia el Sur, pasando por Nubia, donde la mayoría de las viviendas no

nas vacas tan sobrias como sus amos, pues Nubia es país muy estéril. Las mujeres son muy trabajadoras y cultivan algunas parcelas de terreno, dejando a sus niños pequeños, si están criando, echados en un hoyo del terreno, y en cuanto ven llegar un vapor, acuden en tropel con toda la chiquillería a pedir limosna. En esta faena se les unen



ARABIA (ASIA).—Niños del desierto.

los hombres, considerando que lo que piden no es limosna, sino el pago del derecho de pisar su territorio, y si los viajeros se muestran demasiado parcós en dar, chicos y mujéres los insultan y los apedrean.

—¡Qué mal educados! — dijo Pepito.

—No son un modelo — repuso don Manuel—. En cambio, en Abisinia, donde estuve una temporada cazando con unos amigos, ocurre todo lo contrario. Hay que empezar por decir que los abisinios son cristianos, y que, dentro de su aspecto un tanto salvaje y estrafalario, se esconde un temperamento civi-

lizado. Allí se ven en las mesetas medio desarboladas grandes rebaños cuidados por niños desnudos y armados de lanzas. Agiles como cabritillos y bastante menos desconfiados y tímidos que los niños que se suelen encontrar en nuestras aldeas, os acompañan y os indican donde hay caza a cambio de un terrón de azúcar.

—¡Golosos, eh? ¡Como yo! — dijo Paquito, riéndose.

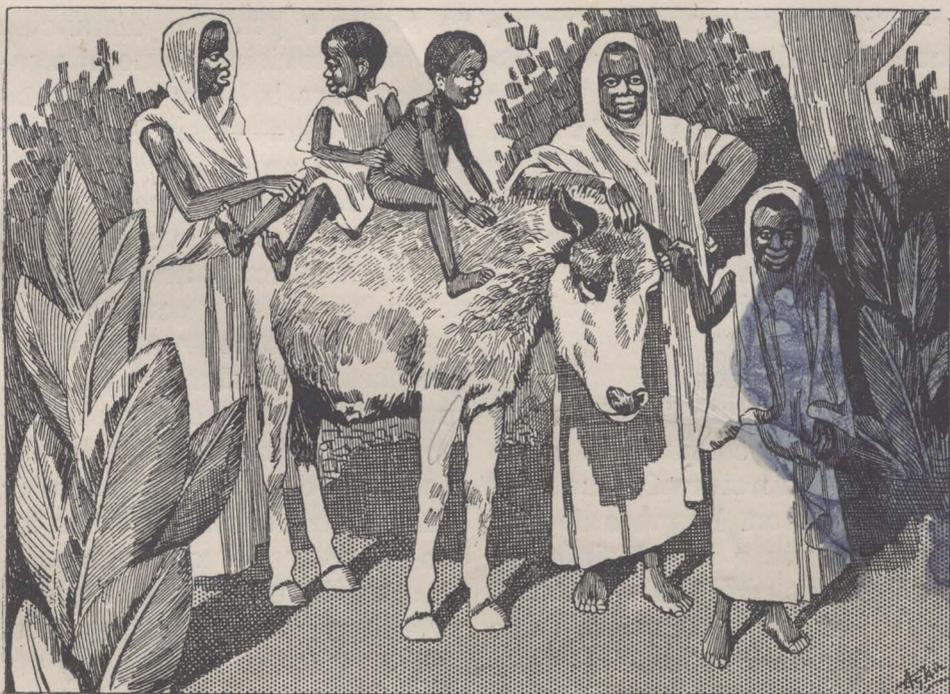
—Eso de la golosina es defecto universal entre la gente menuda. Realmente, aquellos niños no hacen sino lo que ven hacer a sus padres, que son hospitalarios en alto grado. Cuando os de-

tenéis en alguna aldea, en casa de algún vecino importante, encienden en seguida la lumbre, os traen leche y maíz tostado, acuden respetuosos los vecinos, y los chicos os besan las rodillas, y se acurrucan junto a la lumbre satisfechos de hallarse al lado de los forasteros. Y cuando vais por los caminos y os encontráis con algún hombre o con algún muchachito, os hacen profundas inclinaciones de cabeza como un carnero que se dispusiera a toparos, repitiendo afectuosos: «Denasteli, denasteli», que quiere decir «buenos días, buenos días». Esta cortesía llega al colmo si les hacéis algún obsequio.

En este caso, el niño sabe, desde muy pequeño, ensalzar al donante generoso diciéndole: «¡Eres un grande hombre! tu nombre sea ensalzado... Que Dios bendiga el país por donde pases. Somos como hermanos... ¿Por qué no nos colmas de presentes?»

—¡Qué niños tan simpáticos! —exclamó Juanita—. La cortesía y la gratitud conquistan los corazones.

—Has dicho muy bien, sobri- nita — repuso don Manuel—. Los niños ariscos no gustan a nadie. Estos niños abisinios son encantadores. Al llegar a las aldeas, salían, sin saber de dónde,



ABISINA (ÁFRICA). — Mujeres y niños galas.

los chiquillos desnudos, empujándose para rodearnos y se subían unos encima de otros para tocarnos en la espalda, besarnos las rodillas y pedir piastras y terrones de azúcar y de sal. En cambio, nos servían muy bien para la caza, pues apenas les habíamos obsequiado y les decíamos lo que queríamos que hicieran, soltaban la tela con que se cubren y se internaban en las altas hierbas para hacer salir las liebres o se arrojaban al agua para recoger los patos silvestres que matábamos con la escopeta, porque aquellos chicos nadan maravillosamente.

—Con niños así no harán falta perros de caza, ¿verdad?

—Por lo menos nosotros no notamos su falta con tan listos auxiliares. Lo único que no me gustó de aquel país fué la sucia costumbre que tienen los *galas* (raza especial de Abisinia) de saludar escupiendo a la cara con tanta más insistencia cuanto mayor es el afecto que quieren demostrar.

—¿Qué puercos!

—¿Qué quieres? En el mundo hay muchas costumbres raras que parecen naturalísimas a los que las tienen. Después de esta rápida visita a los abisinios —continuó don Manuel—, descendamos al sur y entremos en la península de los somalíes, de los que voy a contaros algo. En primer lugar, he de deciros que los

somalíes son mala gente, pero en cambio, huyen del forastero, al que atacan, si pueden, a traición. Los niños y los adolescentes son de muy buen tipo y, lo mismo que sus padres, se llevan la palma en lo tocante a la testarudez. Ni ruegos ni amenazas logran hacerlos cambiar de idea cuando se han aferrado a alguna. Poseen tan desarrollado el sentido de la orientación, que viajan por la noche entre los bosques intrincadísimos, sin equivocarse jamás de camino, y por la posición de las estrellas, determinan con sorprendente exactitud la hora que es y el sitio donde se hallan. A muchachitos muy pequeños los he visto recorrer grandes distancias sin más provisiones que una calabaza para beber y un puñado de grano para comer. El niño somalí tiene un enemigo terrible en el cocodrilo, que abunda mucho en los ríos de la región. Estos reptiles monstruosos permanecen inmóviles y ocultos entre el cieno y acometen a los niños que pasan a su alcance, y llevan su audacia hasta el extremo de arrancar de las manos de los indígenas la carne que van a lavar al río. Aquí, lo mismo que en todos los países donde la ganadería constituye el alimento exclusivo, los niños son pastores desde que tienen uso de razón y veneran a los animales religiosamente. Estas gentes, que sólo vi-

ven de leche y carne, estiman hasta los excrementos de sus animales, con los cuales hacen medicamentos.

—¡ Puff! ¡ Dios nos libre de ir allí y ponernos malos! — exclamó Pepito.

—Pues ellos están muy satisfechos con esta medicación— dijo don Manuel—. Ahora, internándonos más en el continente negro por esta parte de Africa y remontando el Sobat, el gran río etíope lleno de pelícanos, se encuentra una estación de misioneros americanos y dos de misioneros católicos austriacos, y cuando es mediodía, suena de repente la voz enternecedora de una campanita que retumba melancólicamente en aquellas soledades del corazón del Africa central. A nuestros silbidos acuden los misioneros para ver la civilización que pasa. Los santos varones que han ido a llevar el Evangelio y la educación a las salvajes tribus, aparecen rodeados de una bandada de niños desnudos con una cruz de cristal colgando sobre el pecho. Unos se apoyan en los hombros de los otros tan cariñosamente, y con tanta naturalidad, que se creería uno transportado al paraíso de los negros. Otros se divierten en pequeñas piraguas hechas con un tronco de árbol hueco, pescando minúsculos pececillos de colores. Aquellos misioneros han hecho mucho, pero

tienen que trabajar asiduamente, porque, en los espíritus tan primitivos de los niños indígenas, es difícilísimo inculcar la idea de Dios.

—¡ No se dan cuenta?

—Figuraos si será difícil educar a unos chicos que, para que entiendan la pregunta «¿ Pienzas en tu madre?», hay que emplear este grotesco circunloquio: «¿ Tienes a tu madre en tu vientre?»

—¡ Qué atrocidad!

—Pues si estos niños viven en triste situación por el salvajismo de sus padres, peor están aún los de los alrededores del Kilima Nájaro, pues, a pesar de estar abolida hace muchos años la esclavitud, Zanzíbar y Mombaz son centros de contratación de esclavos. Con sólo un caso que os voy a contar, comprenderéis la triste condición de los niños de aquella tierra. Cierto día, estando en una misión de Mombaz, llegó un individuo de ella con un niño que había encontrado escondido en su barca. El pequeño, que tendría diez años escasos, no conocía ni a su padre ni a su madre, y había sido vendido como esclavo en Pemba, a un amo que se había muerto después. Llegado a Mombaz, el niño fué engatusado con otros por un árabe que, prometiéndoles dátiles, los había encerrado en su casa, y ya había vendido a uno de ellos. El que os digo ha-



ÁFRICA ORIENTAL.—Mujer taita y su hijo.

bía logrado escaparse, y llevaba varios días comiendo las basuras que encontraba, hasta que lo recogió el demandadero de la misión, donde quedó asilado.

—¡Pobrecito! ¿Y qué hicieron con él?

—Ponerlo con los demás asilados y darle educación. Hay en esta región una raza llamada *taita*, que tiene costumbres muy raras y curiosas; mas, para que os deis cuenta exacta de su modo de vivir, vamos a tomar un niño desde su nacimiento hasta su muerte. En una choza redonda, cuyo armazón lo constituyen las ramas de un árbol, nace el niño, y la primera ocupación de

los padres es saber si el recién nacido ha de ser dichoso o no, para lo cual el mago de la tribu mata una cabra y consulta sus entrañas, pues aquella gente tiene gran fe en lo que indican las vísceras del animal, interpretadas por el mago. Hasta que puede andar el niño no se separa de su madre, la cual lo lleva a horcajadas sobre los riñones, atado con una tira de tela, y realiza sus quehaceres sin ocuparse para nada de la criatura, y en cuanto el niño sabe andar solo, se le abandona a sí mismo y crece libremente, sin traba ninguna, como la hierba en la montaña. Las niñas ayudan a la madre en

las faenas domésticas y en el cultivo de los campos. En compañía de sus camaradas, el pequeño aprende a tirar al arco, y cuando llega a mayorcito, se dedica a cuidar cabras, con las cuales va formando un rebaño que le permita casarse, pues allí el padre de la novia no la entrega al pretendiente si éste no da por ella cierto número de cabras. La novia huye al saber que la van a casar y el novio la busca en el bosque hasta que logra atraparla y traerla a la tribu, donde se celebra la boda con gran fiesta y con el acostumbrado sacrificio de una cabra para que vea el mago si el matrimonio ha de ser feliz o no. Desde entonces, el hombre se dedica al pastoreo o a acompañar a las caravanas y la mujer a cultivar los campos hasta que se muere. Esta es, en pocas palabras, la vida de los taitas.

—Por esos países hay elefantes, ¿verdad, tío?—preguntó Paquito.

—En efecto, más al sur, en el Uganda, asistí yo a una cacería de elefantes, que es empresa bastante complicada y de no poco riesgo. Pero, como en estas conferencias no nos hemos propuesto hablar de cacerías, sino de niños, sólo os diré que los chicos del Sudán se ganan la vida acompañando a los cazadores para hacer los ojeos, porque son muchachos bastante barrigudos,

pero de piernas muy resistentes, que recorren muchos kilómetros buscando piaras de paquidermos, para indicar su situación a los que van en su busca. Y en cuanto cae un elefante y comienza el desuello, acuden las madres que tienen niños criando y los bañan en las inmundicias, porque según su práctica supersticiosa, el pequeño adquiere con el repugnante baño excelentes condiciones de cazador, terminando la cacería con un gran festín de carne de elefante y un ruidoso baile en el que toman parte chicos y grandes.

—Los salvajes todo lo terminan comiendo y bebiendo.

—En eso no tenemos nada que echarles en cara, pues también los civilizados celebramos las fiestas y las alegrías con banquetes. Ahora — continuó don Manuel—, vamos a salirnos un momento del continente africano para dar un vistazo a la gran isla de Madagascar.

—Bien lo merece, pues cuenta con cuatro millones de habitantes — dijo el oyente geógrafo.

—Esta isla la conquistaron los franceses y la han colonizado bastante bien, de suerte que la educación está extendida, y, además, se trata de gente de buena índole, que se deja llevar. Los hovas, sobre todo, que era la raza dominadora, están ya civilizados, y sólo quedan otras razas

a quienes los tales hovas tenían esclavizadas, que conservan aún los rasgos típicos. En el número de estas razas se cuenta la de los betsimisarakas, que viven cultivando sus tierras y criando a sus hijos como pequeños salvajes. También son interesantes los tanalas. Una de las cosas que más gracia os haría, sería la cos-

ríaís al padre, a la madre y a los hermanos. Las adopciones y el cambio de sangre hacen aún más confuso el parentesco. Un tanala puede adoptar a cualquiera, a cualquier edad y en cualesquiera condiciones, y el adoptado lleva desde aquel momento el nombre de la familia, y tiene los mismos derechos que



ISLA DE MADAGASCAR (ÁFRICA).—Grupo de niños indígenas.

tumbre que tienen de llamar por el mismo nombre a sus abuelos, a sus padres, a sus tíos, a sus hijos y a sus sobrinos, de tal suerte que si tuvierais un amiguito tanala y quisierais enteraros con exactitud de su familia, tendríais que tener cuidado de especificar muy bien que os refe-

los hijos. El cambio de sangre consiste en hacerse, dos niños o dos mayores, una incisión en el brazo y chuparse mutuamente la sangre, pronunciando ciertas palabras y fórmulas sagradas. Desde aquel instante quedan convertidos en hermanos de sangre y deben ayudarse y tra-

tarse como individuos de la misma familia. En los asuntos familiares se pide el consejo de todos los parientes, incluso de los niños que están en uso de razón.

EN MARRUECOS

—Para conocer bien los diversos tipos moros, lo mejor es acudir al mercado de sus diversas poblaciones. En Marruecos, como en todas partes, los campesinos no van al mercado solamente para hacer negocio, sino también para divertirse, y hay mucha gente que se gana la vida dedicándose a distraerlos.

»En un rincón hay trazado con yeso en el suelo un gran círculo, y, dentro de él, hábiles acróbatas ejecutan una porción de ejercicios de agilidad y destreza. Estos acróbatas proceden en su mayoría del Sur, región situada al sur del gran Atlas, más allá de Marrakes.

»Si estuviérais allí, tal vez os llevaríais la sorpresa de ver trabajando en el interior de Marruecos grupos de gimnastas de estos que habríais visto anteriormente en algún circo de Madrid o Barcelona. El encantador de serpientes atrae más gente que el acróbata. En cuanto se sienta en el suelo con su misterioso saco de cuero al lado, se forma inmediatamente en torno suyo un gran círculo de espectadores.

»En un rincón tranquilo del

mercado suele verse al cuentista, predilecto universal de los orientales, que relata sus largas y maravillosas historias, sacadas casi todas ellas de los cuentos de las Mil y una noches. Cada cuentista, según su talento, su erudición y su temperamento, embellece algunos pasajes del cuento, pero nunca sale del califa Harún el Justo, de la bella Scheherezada, de los esclavos negros, de las cavernas, de los ladrones y de las pedrerías.

»Cuando la peripecia más inverosímil ha llevado al colmo el interés de los oyentes, el cuentista se calla bruscamente y pide fuerzas para hacer llegar a tiempo en socorro de la princesa cautiva al genio bueno, tendiendo su escarcela, y, según es el resultado de la colecta, así resulta más o menos emocionante el desenlace.

»El único individuo de todo el mercado que constituye un verdadero peligro para todo el mundo, es el charlatán de baja estofa que pretende ejercer la medicina.

»Este pseudo médico no es más que un pícaro brujo que se da a sí mismo el título de hombre de ciencia, y cuyos gestos sólo sirven para mixtificar la credulidad de los pacientes, cuando sus tratamientos, tan fantásticos como violentos, no ponen fin al mal de sus imprudentes víctimas.

»Pero, donde los pequeños marroquíes se encuentran más a sus anchas es en los alrededores del mercado. Allí se revuelcan desnudos, o poco menos, sobre la candente arena, alegres y ruidosos, y generalmente muy lindos con el trozo de tela de algodón rojizo con que se hacen la ilusión de que van vestidos, felices como reyes, en su despreocupada pobreza.

»La gente del Mogreb, lo mismo la de la ciudad que la del campo, es muy buena para con su progenitura. Cualquiera que sea la situación de los padres, los niños llevan la vida más agradable que pueden apetecer; sus alegres ojillos, su mirada confiada, dicen que, para ellos, bajo el cielo de Alá, el mundo es el mejor de los mundos.

»Los hijos y las hijas de las familias acomodadas visten trajes de finas sedas y de excelentes y frescas telas de hilo. A los chicos se les enseña a leer el Corán, del cual copian versículos y se aprenden de memoria las máximas usuales. Y los pequeños marroquíes que, por su posición social, no conocen estos refinamientos del vestido y del estudio, no son menos felices.

»Sus partidas de juego no se diferencian esencialmente de las nuestras. Lo que más les gusta es una especie de fútbol simplificado, que se juega con una pelota de la mitad de tamaño que la

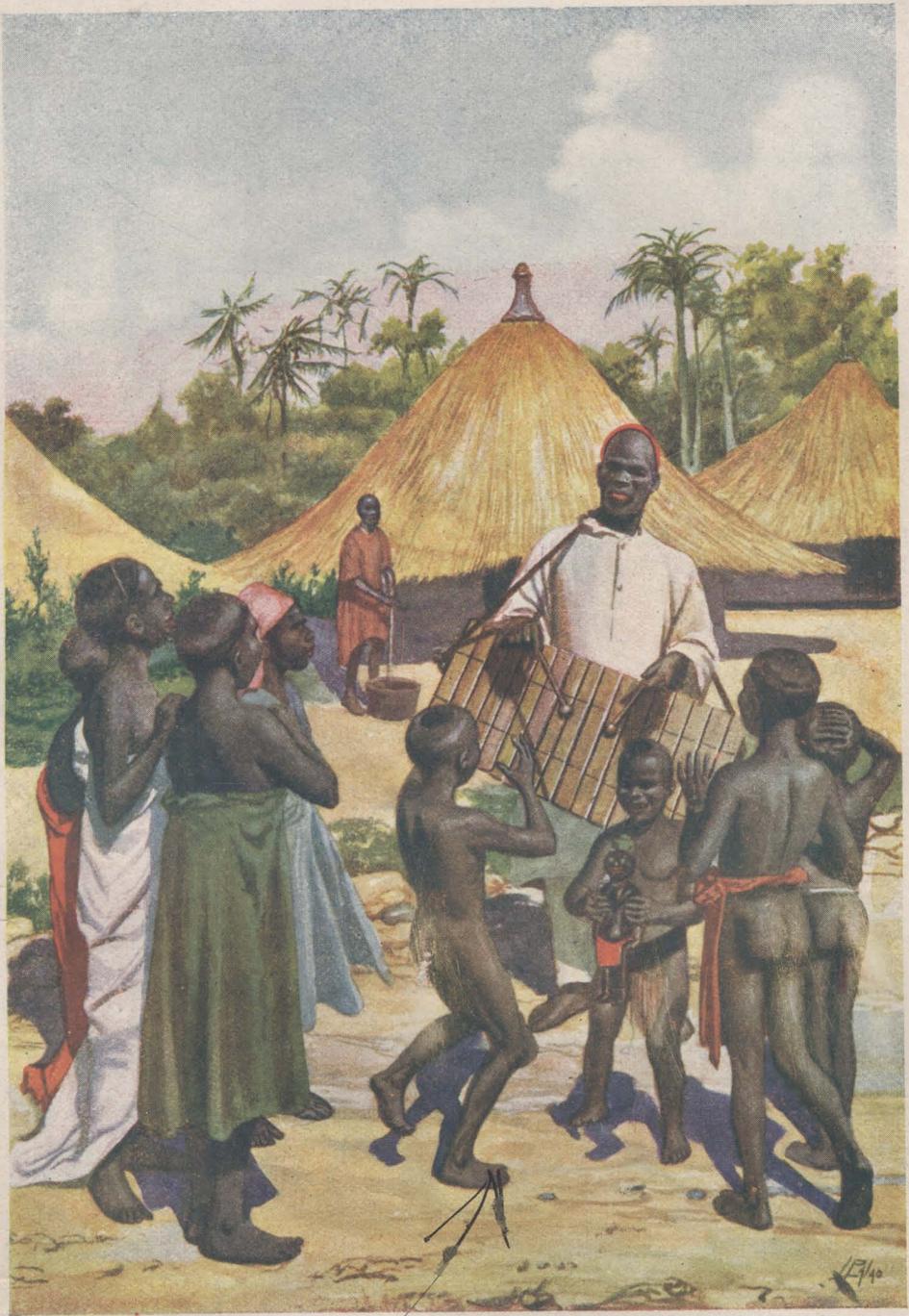
que empleáis vosotros aquí. En su juego no se establecen goals; la pelota se lanza entre los dos campos y se despide hacia adelante o hacia atrás, según el vigor de los adversarios, que concluyen por librar una verdadera batalla, pero batalla formal, en la que, a los empujones y a las zancadillas, suceden los puñetazos y los mordiscos... La cosa es algo salvaje, pero, decidme: Vosotros que os dais de civilizados, ¿no terminan a veces vuestros juegos de manera violenta? Después viene la reconciliación y en paz.

»Los chicos tienen otro juego parecido al juego franco-inglés, llamado *hockey*.

»Para jugarlo se hace un hoyo en el suelo, que se encarga de defender uno de los jugadores. Otros cinco o seis se sitúan a su alrededor y procuran meter en el hoyo una pelota muy dura, a la que despiden con un palo. El guardián o portero da muestras de sangre fría, agilidad y destreza para dar siempre la cara a sus adversarios e impedir que la pelota caiga dentro del hoyo.

»Los zancos son igualmente populares en Marruecos. Muchos chicos se sirven de ellos con habilidad e intrepidez extraordinarias y ejecutan mil ejercicios que no dejarían de llamar la atención en cualquier circo.

»Los niños y las niñas viven juntos en la primera niñez. En



SUDAN (África).—Tipos de un poblado sudanés

los aduares de los nómadas son ellos los que cuidan de los ganados y los que los llevan por las mañanas a los pastos, y los recogen al anochecido.

»A los once o doce años, la niña entra en casa y ya no se separa de su madre y de sus hermanas. Desde entonces tiene que llevar el rostro cubierto con un velo. Las niñas no aprenden jamás a leer, porque Mahoma, el profeta de su religión, declaró que esta ciencia era perjudicial para la mujer, y se dedican exclusivamente a los quehaceres domésticos, a la cocina, a la mollienda, al lavado, al tejido, y, por si esto fuera poco, las muchachas de clase pobre, que son la mayoría, tienen que trabajar en el campo y traer a casa leña y agua, misiones éstas muy duras.»

esta

X **Los niños de Asia.**

—Hoy — dijo don Manuel al entrar en el cuarto de sus sobrinos — nos toca hablar de los niños de Asia, y he de empezar mi conferencia por los niños japoneses, porque puede afirmarse que aquellos pequeñuelos son los niños más mimados del mundo. Sus padres y todos sus familiares ven con indulgencia todos sus caprichos y travesuras e imponen la ley a sus papás.

—Pues me figuro que serán muy antipáticos como todos los niños consentidos — dijo Juanita, dándoselas de persona formal.

—No lo creas ; son unos niños encantadores que, desde pequeños, se acostumbran a la vida de familia y adquieren los gustos de los mayores. La distracción favorita del japonés es el paseo por las calles de las grandes ciudades o por los preciosos jardines cuajados de flores, y allá van las familias con los niños vestidos de resplandecientes colores, y, generalmente, encaramados en los brazos o en el hombro de sus padres o de sus hermanos mayores.

Inútil es añadir que una nación que adora a los niños, los cuida y educa con el mayor esmero ; y así tenéis cómo se ha formado un país que, en breve tiempo, se ha colocado a la cabeza de la civilización.

—¡ Qué bonito es todo eso, tío Manuel ! — exclamó Pepito—. ¡ Yo quisiera ir al Japón !

—Pues ahora no irás, o, mejor dicho, no oirás más que cosas de la China, porque de ella vamos a ocuparnos.

—Pues hablemos de la China.

—China, el país misterioso de leyenda, ha cambiado mucho, gracias a la obra política de las naciones europeas y al incesante trabajo de los misioneros, de

cuyas escuelas hablaremos en otra ocasión. El chinito del campo ayuda a sus padres en cuanto puede en sus faenas agrícolas, y el chinito rico tiene sus profesores chinos que le enseñan las ciencias y las artes a su manera. Lo que sí es curioso, y no debo dejar de consignarlo, es el talento natural de los niños chinos. Son despejados en alto grado. Un compañero mío se entretuvo en enseñar los elementos de la lengua española a dos vecinitos inteligentes y curiosos hasta la exageración; y, a los cinco días, uno de ellos se había aprendido a conciencia el alfabeto, y leía sin titubear un número de tres cifras. Todos los días venía a dar la lección que se había aprendido el día anterior, y nos saludaba con un «buenos días, señores». Nosotros, en cambio, le dábamos pasteles, que el chinito, que no era egoísta, aunque este defecto es muy común en aquella tierra, iba a repartirlos con su compañero, más perezoso. Y este caso de despejo natural es común en toda la China. Otra de las cosas infantiles dignas de mención en China, la constituyen los juguetes, por lo sencillos, lo ingeniosos y lo artísticos. En las calles de las ciudades se ven vendedores de gallitos de flexible cuerpo, formados por una sucesión de huesos de ciruela, que se acometen tomando todas las actitudes de

una riña, monitos que esconden su fea cara tras de caretas variadas; centenares de monigotes de guiñol, con la cara de barro pintado, todas diferentes, rientes o lloronas, representando toda la colección de personajes legendarios, y verdaderas sombras chinescas, recortadas en una especie de cuero translúcido, pintado de diversos colores. Y todo ello baratísimo.

—Voy viendo que viven mejor los niños orientales que nosotros los occidentales — afirmó muy serio Paquito.

—Al salir de la China nos dirigimos al Laos, vasto país que se extiende entre Siam y Birmania, por una parte, y el Tonkín y Anam por la otra. Por cierto que al pasar por Birmania, me chocó lo fumadora que es aquella gente. Hacen unos cigarrillos de papel de enorme tamaño, que fuman uno tras otro todos los individuos de la familia incluso las mujeres, y, de vez en cuando, se lo ponen en la boca al niño de pecho a guisa de biberón, de suerte que, desde pequeños, se acostumbran al tabaco. Pero hablemos del Laos, porque allí es muy interesante la vida de los niños. En cuanto nace un nene encienden una gran hoguera para que haya siempre una buena olla de agua caliente a fin de que la madre beba toda la que pueda, porque así creen que alimenta mejor al peque-

ñuelo. En estos primeros días no se pone nombre al chico, para no atraer sobre él la atención de los genios maléficos que podrían matarlo. Pero cuando la madre sale con él, se considera que el niño no tiene ya nada que temer y se le pone nombre. No hay nombres especiales para cada sexo, es decir, que allí no se distinguen un Juanito de una Juanita. Llámaseles, indiferentemente, «Sonrisa», «El Dulce», «Piedra Preciosa», «Mérito», o cualquier otra cosa, y, por una notable costumbre, desde el momento que el niño tiene nombre, pierden sus padres el que venían usando para llamarse sencillamente «El padre de la piedra preciosa», o «La madre del ratón», pues también emplean este nombre, como el de otros muchos animales.

»Los niños del Laos maman hasta los tres años, y entonces comienzan a recibir su ración de arroz de la familia, y les hacen comer de tal manera, que muchos caen malos, con gran extrañeza de sus padres, que no comprenden que los indigestan con tanto arroz. En cuanto se ponen buenos vuelven a atraerlos. Al mismo tiempo les ponen al cuello una medallita de cobre o de plata, donde aparecen grabados caracteres sagrados y figuras horrorosas. Los padres creen que con semejante amuleto no puede sucederles nada

malo. En cuanto el chico se puede tener de pie se sale a rastras de la cabaña y pasa el día al aire libre, sin que nadie le impida revolcarse en el polvo ó en el barro, volviendo, de vez en cuando, a que le tome en brazos la madre o algún individuo de la familia. Un día se fijan los padres en que el chico ha crecido mucho, y montándole en un búfalo, le proporcionan la alegría de acompañar a su hermano mayor al campo. Entonces comienza la iniciación, que es muy rápida, y, una vez terminada, se considera que el niño no necesita ya vigilancia. Por la mañana se monta en su búfalo y se marcha solo, llevando como provisiones un cesto con arroz y unos pescados envueltos en una hoja de banano. En un paquete más pequeño lleva la provisión de tabaco. En el campo come cuando tiene gana y masca y fuma tabaco a sus anchas, pues aquí, lo mismo que en Birmania, todo el mundo, hombres, mujeres y niños, fuman y mascan tabaco.

»Mocito ya, el indígena aprende poco a poco las reglas de urbanidad, porque en aquella tierra son excesivamente corteses. Los de condición igual se saludan juntando las manos y llevándose las a la boca. Para saludar a un superior se ponen en cuclillas, levantan las manos juntas por encima de la cabeza y exclaman: «Vuestro esclavo».



INDOCHINA CENTRAL (ASIA).—Niños de Laos montados en un búfalo.

vo os saluda», o «El animal os saluda». El hermano más pequeño de la familia es el encargado de cuidar a los búfalos en la pradera, y los mayores ayudan a su padre en el cultivo de los arrozales, en la caza y en la pesca.

—Pues se ve que es muy buena gente, por lo que cuenta usted, tío Manuel.

—Yo salí encantado de su compañía — afirmó el marino, y añadió— : Algo semejante podría contaros de los siameses y de los birmanos, con la diferencia de que, en estos países, viven más a la moderna. Ahora— agregó don Manuel, después de haber echado un trago y luego de haber llenado una pipa muy

grande, que jamás se le caía de la boca—, ahora vamos a hablar de Anam.

—Resulta interesante este viaje por la Indochina — dijo Pepito, el niño geógrafo.

—¿Y qué es eso? — preguntó un chicuelo bastante ignorante de la reunión.

—La Indochina es la más oriental de las tres penínsulas del sur de Asia y sus principales regiones son Birmania, Siam, Anam, Cochinchina, Cambodge o Camboya, y Malaca, y, como ves, el tío Manuel está recorriendo esa región en su relato.

—Eres un pozo de sabiduría, querido hermano — dijo Paquito—, pero déjate de datos cien-

tíficos, que ahora no estamos estudiando la lección de geografía.

—En Anam como en el Laos, y en todas estas regiones, abundan mucho los rebaños de búfalos que, a veces, se atraviesan en el camino, imponiendo respeto al caminante que no está habituado, y, si llamáis al pastor, aparece invariablemente un chico de ocho o nueve años, completamente desnudo, que, con unas cuantas voces y unas pocas amenazas con una caña de bambú se hace obedecer, y los búfalos se dispersan. Es curioso ver cómo semejantes brutos se dejan dominar tan fácilmente

por los niños indígenas que, en realidad, se dan gran vida, pues se pasan el día durmiendo a la sombra de los árboles, comiendo o jugando. A la hora de la retirada, los búfalos se encaminan lentamente al río y se internan en sus aguas hasta no dejar fuera más que el hocico y los cuernos. Los chicos se tiran también al agua, jugando unos con otros, y concluyen por asirse a la cola de un búfalo y encaramarse en su lomo, saltando luego de búfalo en búfalo, con pasmosa agilidad, y con alguno que otro chapuzón en el agua cuando el animal se desvía bruscamente.

»Al llegar a un pueblo fuimos



BIRMANIA (ASIA). — Grupo de niños indígenas, sentados en un tronco de palmera.

rodeados de perros que nos ladraban furiosamente, y si no hubiera sido por un chico anamita que nos acompañaba, seguramente nos hubieran mordido. Los perros europeos se abalanzan a los indígenas que se atreven a meterse en sus cercados,

se organizó un concurso de gestos, al que fueron convidados todos los niños, y daba lástima ver lo feo que se ponían con tal de ganar el premio, pues si bien los anamitas mayores no son unas bellezas, los pequeños, con su carita redonda, sus negros ojos



SIAM (ASIA).—Niños siameses de un poblado de las selvas.

y los perros indígenas, en justa reciprocidad, se muestran no menos feroces con los europeos. El anamita, como todos los orientales, no pierde ocasión de recrearse, y así, se celebran frecuentes festejos, como, por ejemplo, carreras a pie, carreras de caballos, fiestas acuáticas, etcétera, etc. Estando nosotros allí,

y su seriedad, son a veces muy lindos.

»Los anamitas se acostumbran, desde niños, a venerar a los ancianos, y, cuando pasa alguno por la calle, por pobre que sea, todos, chicos y grandes, le saludan como si fuera un mandarín. Este culto a los antepasados hace que los padres anami-

tas sean muy amantes de sus hijos, y si fueran algo amigos de la higiene, los podría poner por modelos. Los niños, por su parte, profesan un gran amor filial, que subsiste aun después de muertos sus padres. Se les enseñan sus deberes con gran cuida-

ASIA CENTRAL

—Aquí — continuó don Manuel—, el país más interesante por el misterio que le ha envuelto hasta época muy reciente, es el Tibet, residencia de los grandes pontífices del lamaísmo o re-



ANAM (ASIA).—Niños anamitas pescando.

do, se les inicia en las ceremonias de ritual y tiene que observar todos los detalles cuando en los días de fiesta practica el padre los ritos de su religión. Y como ya no sé nada más acerca de esta gente que pueda interesaros a vosotros, vamos a internarnos en las inmensas regiones del

ligión budista. Estos personajes se denominan Taqui-Lama, el uno, y Dalai-Lama, el otro. Los sacerdotes se llaman lamas, y puede decirse que en el Tibet todos son sacerdotes. Y para no detenernos mucho, pues aun queda bastante que hablar, sólo os diré, por ser cosa que atañe a los niños, cómo se elige a estos



TIBET (ASIA).—Niño tibetano, hermano del Taqui-Lama.

grandes pontífices de su fantástica y falsa religión. En cuanto fallece el Taqui-Lama, por ejemplo, el alma del dios Amitabha, que encarna el santo personaje, pasa al cuerpo de un niño, según la creencia lamaísta. Y aquí de los apuros de los sacerdotes para averiguar cuál es el afortunado chiquillo que lleva dentro el espíritu en cuestión. Para conseguirlo, se despachan mensajeros a todas las regiones del Tibet y de otros países lamaístas, para preguntar a los vecinos qué niño pequeño de los de allí posee una inteligencia precoz para descubrir entre aquellos prodigios, cuál es el que anima el espíritu de Amitabha. Los lamas escriben los nombres de todos los niños en papelitos, que depositan en un arca debidamente cerrada y sellada, al pie de la imagen venerada, y ante ella rezan y queman incienso. Después abren el arca, y el primer nombre que sale es proclamado *Pantachen Rimpotché* o Taqui-Lama, y así se encuentran con un pontífice que a veces no ha cumplido dos años. En el Tibet se celebran grandes fiestas religiosas en el curso del año. Una de las más importantes es la del Losar o de Año Nuevo, y



JAPÓN (Asia).—Niñas japonesas jugando y tomando té.

a sus ceremonias se admite a todo el mundo, sin distinción de categoría, ni sexo, pastores y lamas, niños y adultos, pobres y ricos, hombres y mujeres. Al mismo tiempo todas las familias se pasan quince días de visitas, obsequios, felicitaciones y festines, como nosotros por Navidad. En las procesiones sacan unas trompetas enormes, de más de tres metros de largo, que tienen que apoyar en el hombro de un niño cada una para que el músico pueda tocarla. Del Tibet vamos a dar un salto hasta el Turquestán...

—¿Al Turquestán ruso, que tiene más de nueve millones de habitantes, o al Turquestán chino o Pequeña Bukaria, que tiene medio millón de pobladores? — preguntó Pepito.

—Al ruso, a la cuna de los turcos, y especialmente a la parte habitada por los Kirguises, tribus pobres, pero independientes, que se dedican al cultivo y a la ganadería. En casi todas sus aldeas los hombres venían a nuestro encuentro, mientras que los niños huían espantados, y las mujeres nos miraban con ansiedad a través de las rendijas de sus chozas. Para todos ellos era un acontecimiento incomprensible nuestra llegada a su país. Invitados por un kirguis penetramos en su choza. Había dos mujeres escondidas detrás de una

cortina, que el marido descorrió para que las viésemos. Una de ellas estaba ocupada con un niño de pocos meses, al que envolvía en pieles de cordero, y luego le puso en la boca un biberón formado por un cuerno de buey vaciado y una ventosa de pergamino a guisa de chupador. La otra mujer estaba bordando una chaquetilla para su marido. El tejido lo tenía sujeto en una especie de bastidor circular que sostenía entre las rodillas, y en vez de aguja de metal, empleaba una punta de hueso. Mientras estábamos allí regresó el ganado como un alud. Las mujeres salieron de sus casas buscando cada cual a sus reses. Los chicos y las muchachas ayudaron a sus madres a ordeñar. Los hombres se limitaban a observar y a regañar a las mujeres si se equivocaban al recoger el ganado, mientras que una porción de chicos mofletudos, de dos o tres años apenas, de piel curtida por el aire y bastante feítos, pero monstruos de salud, aumentaban la algazara correteando y empujándose y queriendo imitar a los mayores.

Don Manuel volvió a encender la pipa, y continuó :

—Ahora vamos a dar un buen salto para colocarnos en la Siberia, esa inmensa región que se extiende desde los Urales hasta el Japón.



TURQUESTÁN RUSO (ASIA).—El jefe de los kirguises de Prjevalsk y su familia.

—¡Allí no debe de haber más que presidiarios y desterrados! —terció Pepito.

—Allí hay presidios, pero hay también mucha gente que no ha estado presa en su vida. Yo puedo afirmarte que en muchas ciudades se ven, además de las casuchas que parece que están a punto de hundirse, casas muy buenas e iglesias y escuelas. Los cosacos o tártaros del sur, son tan numerosos como conocidos en todo el mundo, pues seguramente vosotros habréis oído hablar de ellos muchas veces. Estos cosacos gozan de ciertas prerrogativas y de ciertos derechos. Cada cosaco varón recibe desde

el momento de nacer un «polpai-ka» (medio lote), es decir, diez y seis kilos y pico de harina de centeno, y, al cumplir los siete años, un lote entero. Por esta causa el nacimiento de un niño en una familia de cosacos trae consigo un aumento de bienestar y, por lo tanto, sólo aprecian a los niños, porque a las niñas no se les da nada. Cuando una madre no tiene más que hijas, su marido la abandona. Los tunguses difieren, en todo, del tipo mogol. Una parte de ellos se dedica a la pesca y recibe el nombre despectivo de «comedores de pescado». Los demás viven de la caza y de la cría de renos. Los tun-

guses del Asia septentrional son verdaderos nómadas, criadores de renos, cazadores y pescadores. Viven en chozas cónicas o en tiendas análogas a las de los lapones. Mientras los hombres cazan, pescan o fabrican armas, ayudados por los niños, las mujeres y las niñas cosen la ropa, guardan el ganado y hacen envolturas de tienda de campaña de piel o de lienzo.

»Un pueblo muy interesante de Siberia lo constituyen los guiliacos, que habitan en la isla de Sajalín, donde los rusos tienen establecido un presidio. Las aldeas indígenas tienen rara vez más de seis casas y una porción

de perros que ladran furiosamente. Estos perros les sirven de animales de transporte y se juzga de la riqueza del vecino por el número de perros que posee. Reina allí un fuerte olor a pescado, a lo cual huelen también hombres y animales, porque el pescado es su principal alimento. Los guiliacos son feos pero simpáticos. Son de pequeña estatura, pero fornidos y siempre se están riendo. Pero tienen el grave defecto de ser muy puercos. No se lavan más que en invierno, y eso los días de mucho frío, y con grasa de foca, no con agua. Se considera como un pecado el que una mujer se lave. Y dicho esto de los mayores, podéis figuraros cómo serán los



SIBERIA ORIENTAL (ASIA). — Grupo de niños tunguses.



ISLA DE SAJALÍN (ASIA).—Cuna de un niño indígena.

chiquillos. Tienen, en cambio, la buena cualidad de ser muy hospitalarios, y cuando una familia no tiene qué comer, se entra en casa del vecino con el mayor desahogo, porque el vecino puede tomarse la misma libertad cualquier otro día que se halle sin comida. Las casas, cuya puerta no mide más de un metro de alto, están llenas de humo, que se mete en los ojos, porque, como no hay ventana, no tiene más salida que un pequeño agujero. Hay que advertir que el fuego no se apaga nunca, porque consideran un grave pecado dejarlo apagar. Del techo penden multitud de cosas, tales

como plantas para condimentar la comida, y, además, el niño pequeño, si la familia tiene alguno. El pequeñuelo lo atan a una tabla y la cuelgan del techo durante todo el día. Por la noche lo desatan y lo ponen en una cuna al lado del lecho de la madre. Todo guiliaco viene al mundo con tantos padres y tantas madres, que es bastante difícil entender su sistema de parentescos. El pequeño llama siempre «ytk», es decir, padre, no sólo a su padre, sino a los hermanos y a los primos hermanos de su padre, y «ymk», es decir, madre, a las hermanas y a las primas hermanas de su madre. To-

dos los hijos de hermanos y de primos hermanos son considerados como hermanos y hermanas. Cuando viene al mundo un niño guiliaco recibe un nombre. En cada tribu hay un ciclo de nombres, y no pueden llevar el mismo dos personas. Existe la creencia de que, si por inadvertencia, se pone a un niño el nombre de una persona que todavía vive, el niño o esa persona mueren en el curso del año. Cuando se muere un hombre queda prohibido pronunciar su nombre hasta que se celebra la fiesta del oso, en la que matan uno de estos animales para enviarlo como mensajero a la divinidad, a fin de obtener pescado y caza en abundancia. Para ello se golpea fuertemente la piel del oso, gritando al mismo tiempo el nombre del difunto. Los nombres de los niños los elige el padre, el cual consulta el caso a los ancianos de la familia, y estos nombres suelen significar fuerza, valor, inteligencia, etc. A las niñas se les da el nombre a capricho. Una, por ejemplo, se llama «Incendio», porque hubo fuego en la tribu el día de su nacimiento, y otra se llama «abundancia de pescado», por haber nacido un día de pesca milagrosa.

»Los niños llevan talismanes muy apreciados por sus papás.



MASCATE (Asia). — Una de las principales familias del país.

A los más pequeños les ponen un cascabelito tosco colgado del cuello para oírlos, como si fueran perritos, cuando se alejan del campamento. De pequeños viven juntos los niños y las niñas, pero a cierta edad los hermanos y las hermanas no deben hablarse, y, si lo hacen, ha de ser volviendo la vista a otro lado. En esta época los muchachos se van a la caza con sus padres, y las muchachas se quedan en casa ayudando a la madre. Los guiliacos quieren mucho a sus hijos, pero aprecian más a las niñas, porque cuando se casan reciben del novio una dote con arreglo a su posición social. Niños y niñas se casan muy jóvenes.

Don Manuel tomó un sorbo de coñac, encendió nuevamente la indispensable pipa, y continuó:

»Y para terminar ya nuestro viaje por Asia, voy a hablaros de Mascate, y especialmente de sus habitantes los banianos, cuyo carácter distintivo es, según todos los viajeros y según lo que yo vi, su amor a los niños. No hay sacrificio que no haga un padre por los seres pequeños, que se ven por las calles, muy

salados, con sus vestiditos de raso de vivos colores y adornados con grandes obleas negras pegadas en el rostro y los ojos ennegrecidos con pintura. Dulces y pacientes, estos indios de rasgos finos y cabellos negros y sedosos, viven con poco y trabajan asiduamente, por lo cual tienen en sus manos todo el comercio del país.

»Y creo, además, que debo dar por terminadas estas conferencias, porque, en lo tocante a Europa, hablar de cómo viven los niños es contar cómo trabajan y cómo estudian, y de eso ya os tengo prometido hablar en otra serie de reuniones que celebraremos muy pronto. ¡Verdad, queridos míos?

—¡Sí, sí! — exclamaron a una voz todos los presentes—. No deje usted de venir, en cuanto pueda, a contarnos cómo trabajan y cómo estudian los niños de todo el mundo.

—Os lo prometo, y cualquier tarde me veréis por aquí.

Y don Manuel echó el trago postrero, encendió la pipa y se marchó, después de besar efusivamente a sus sobrinos y a los amiguitos allí presentes.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterete.
Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.

El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
B. C. El libro de oro de los niños.
El hijo de Juan Palomo, el aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusoe.
Lo que puede hacer el hombre.
Lo que somos.

Cuentos de Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.
Los dos hermanos.
Eustaquio.
Vidas de hombres célebres.
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.
Cuento de primavera.
Mi mejor juguete.
Para el nene.
Gulliver en el país de los enanos.
Gulliver en el país de los gigantes.
Animales feroces.
Animales domésticos.
Lecturas escogidas en prosa y verso.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La picara vanidad.
22. Un charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del yate.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del hombre.
35. Fábulas de Esopo.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo.
39. Una ciudad flotante. (1.ª)
40. Una ciudad flotante. (2.ª)
41. Miguel Strogoff. (1.ª p.)
42. Miguel Strogoff. (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (1.ª p.)
44. Las Indias negras. (2.ª p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma.—El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Gondesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadae (1.º)
58. id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)
64. Los Quinientos millones de la Begún.
65. De la tierra a la luna.
66. Alrededor de la luna.
67. El «Chancellor».
68. Las tribulaciones de un caño en China.
69. Una invernada entre los hielos.
70. Veinte mil leguas de viaje submarino.
71. La vuelta al mundo en ochenta días.
72. Viaje al centro de la tierra.